

SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

EL INCENDIO Y LAS VISPERAS

Hace exactamente 50 años, el 1º de setiembre de 1939, con la invasión alemana a Polonia, comenzaba la Segunda Guerra Mundial, la hecatombe que en sólo seis años cosechó 50 millones de víctimas. A la locura colectiva del nazismo siguió en Alemania la mentira colectiva: en 1945, después de la derrota, cundió rápidamente la excusa de que habían sido "unos pocos locos los bárbaros". Sin embargo, las repercusiones de la barbarie nazi se siguen sintiendo aún hoy. A cincuenta años de distancia, "lo que subsiste no es un pedazo de historia alemana, sino una lección atemorizadora sobre cómo infravalorar el mal extremo puede llevar a la humanidad al abismo", según escribe el ex canciller Willy Brandt en la contratapa de este suplemento.

Por Alfred Kemp, desde Bonn

Hoy, domingo 27 de agosto de 1939, Europa se salvó otra vez más de la Gran Guerra, pero solamente por pocos días. Ayer, sábado 26, debía empezar la invasión alemana a Polonia, Pero Adolf Hitler anula a último momento la orden ya impartida. Para conservar las apariencias, acepta la propuesta británica de resolver "el diferendo" con Polonia por la vía pacífica de las negociaciones. Pero en realidad, ya todo está preparado para invadir Polonia. El jueves pasado, 24 de agosto, a las dos de la madrugada en Moscú, el ministro de Relaciones Exteriores alemán Von Ribbentrop firmó con su colega soviético Molotov el Pacto de No Agresión entre ambos países, y lo que es mucho más importante, el Protocolo Secreto: para la "eventual redefinición territorial-política del Estado polaco" ambos signatarios acuerdan las fronteras de sus "respectivas esferas de intereses". Stalin presencia la firma del tratado, ofrece champagne, y brinda por Hitler, "un tipo macanudo". Hoy, domingo 27, mientras se sigue negociando con los ingleses sobre una solución pacífica, Hermann Göring, jefe de la Fuerza Aérea alemana, imparte las instrucciones para el bombardeo de las ciudades polacas. Al mismo tiempo, el jefe de la SS, Obergruppenführer Reinhard Heydrich, hace seleccionar en los campos de concentración a una docena de presos "de aspecto eslavo", y termina los preparativos para una acción especial, que tendrá lugar el jueves próximo, 31 de agosto, a las ocho de la noche: comandos SS, disfrazados de soldados polacos, "asaltarán" una estación de radio alemana cerca de la frontera con Polonia. El ejército alemán "logrará repeler" el supuesto ataque, presentando los cadáveres de algunos "soldados polacos caídos en la acción", en ocasión los presos políticos seleccionados pocos días antes. Esta macabra farsa le dará a Hitler el pretexto para empezar la invasión: en la madrugada del viernes, el 1° de setiembre de 1939, Alemania ataca.

El 8 de mayo de 1945, Alemania firma su capitulación, después de haber luchado contra el mundo entero. Cincuenta millones de muertos. Después de este día, el mundo es otro. Las repercusiones de la barbarie nazi, de la agresión colectiva del pueblo alemán, se siguen sintiendo hoy. A cincuenta años de distancia los alemanes, en ambos Estados, tienen aún buenos problemas con "elaborar su historia", como lo llaman ellos. A la locura colectiva del nazismo siguió la mentira colectiva: en 1945, después de la derrota, cundió muy rápidamente la excusa de que habían sido solamente "unos cuantos pocos" los bárbaros. "Los alemanes fueron entonces incapaces de llevar el duelo, de aceptar su responsabilidad", escribiría más tarde el sociólogo alemán Mitscherlich.

Es que también, en un país demolido y ocupado por ejércitos extranjeros, había co-

continúa en página 2

viene de tapa

sas "más importantes" que hacer: sobrevivir uno mismo, luchar contra el hambre, la falta de vivienda, pasar el duro invierno de 1945 sin calefacción. El rápido surgimiento del enfrentamiento ideológico entre las potencias occidentales y la Unión Soviética ayudó a muchos alemanes a acelerar su olvido. Más de uno, viejo nazi o SS, se puso al servicio de los norteamericanos y británicos, como "experto anticomunista". El caso más célebre: Klaus Barbie, el carnicero de la ciudad francesa de Lyon. Rápidamente detenido o identificado por los norteamericanos, Barbie es requerido por las autoridades francesas. Pero los EE.UU. tienen reparos, lo sueltan a Barbie, lo apresan de nuevo, y finalmente lo toman a sueldo en los servicios de espionaje. Los franceses siguen insistiendo en su extradición, finalmente los norteamericanos lo hacen desaparecer, dirección Bolivia. Allí seguirá trabajando para ellos.



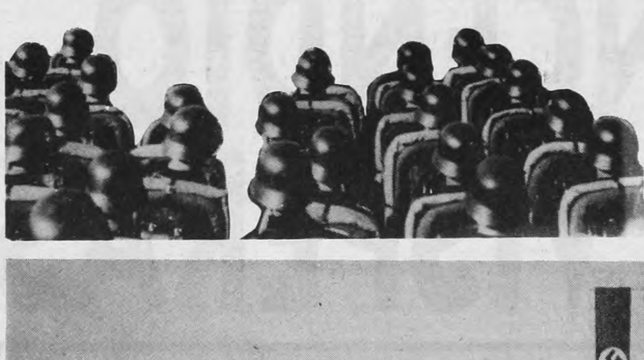
Los procesos de Nuremberg, impuestos por la fuerza a los alemanes, enjuiciaron solamente a algunos pocos responsables principales, pero todos aquellos que continuamente levantaron dócilmente su brazo derecho para exclamar "Heil Hitler", todos ellos quedan impunes. En 1949 se forman los dos nuevos Estados alemanes, y se consolida la fase de "restauración". Ambos gobiernos necesitan funcionarios, desde el cartero hasta el secretario de Estado, para empezar a funcionar, y los eligen entre los "experimentados" funcionarios que ya sirvieron a Adolf Hitler.

En la República Democrática Alemana, donde gobiernan los comunistas, hay intentos para una limpieza del aparato administrativo, intentos que quedan truncos. Alemania occidental, la actual República Federal, ni siquiera se toma la molestia de hacer este trabajo: Konrad Adenauer, políticamente perseguido en la época nazi y primer jefe de gobierno en 1949, propone una amnistía general para todos los nacionalsocialistas. Uno de sus consejeros personales es un tal Globke, alto funcionario del Ministerio de Justicia nazi y comentarista oficial de las "leyes raciales".

En dosis homeopáticas, a paso de tortuga, el pueblo alemán "toma nota" de los crímenes que ha cometido. En los años cincuenta se inician algunos juicios contra ex nazis, pero recién a fines de los años sesenta se registra, con el cambio generacional, una toma de conciencia de los horrores de la propia historia: los hijos adolescentes preguntan a sus padres. "Por qué participaron ustedes en esto, por qué no lo impidieron?" Preguntas millones de veces formuladas, pero que hasta hoy quedan sin respuesta. Hace pocos años aún, un jefe de gobierno provincial, al reprochársele haber —como juez militar— condenado a muerte a un joven soldado de 17 años por deserción, todo esto a poquísimos días de terminar la guerra, dio como sola respuesta: "Lo que entonces era legal, hoy no puede ser ilegal". Una postura legalista muy alemana. Quince mil soldados alemanes fueron condenados a muerte por haber querido desertar, pero ni un solo, ni uno solo de los jueces de la dictadura nazi tuvo que responsabilizarse más tarde por sus actos ante los jueces de la democracia.

Hasta hoy los sectores conservadores en Alemania Federal se amparan en los argumentos legalistas cuando les conviene. Hace poco, el jefe del partido conservador bávaro, Theo Waigel, declaró que Alemania seguirá reclamando "hata la firma de un tratado de paz" los territorios "actualmente bajo administración polaca", Prusia y Silesia. Lo insidioso de estas declaraciones es que, desde un punto de vista estrictamente jurídico, Waigel tiene razón, pero nuevamente niega la situación de hecho que existe en Europa desde hace más de 40 años: una Alemania dividida y un Estado polaco independiente. Pero en el fondo, Waigel quiso acercarse con estas declaraciones a los electores que su partido perdió últimamente a manos de los "republicanos".

El partido republicano, a pesar de su nombre de tendencia extrema derecha, surgió el año pasado en Alemania Federal, y es más que otra cosa el instrumento personal de su jefe, Franz Schonhuber. Sexagenario, este hombre se vanagloria de haber estado en la Waffen-SS. Presenta el falso discurso del hipócrita de siempre: No soy racista, pero... los judíos sufrieron, pero... Refiriéndose a las cuatro potencias de ocupación en Alemania (EE.UU., Gran Bretaña, Francia y Unión Soviética), calificó al Congreso Mundial Judío como "quinta fuerza de ocupación". Pero Schonhuber no consiguió un porcentaje de 7,5% en las últimas elecciones solamente con los votos de viejos o nuevos nazis. No, tantos ya no hay. Pero Schonhuber aprovechó propagandísticamente la insatisfacción de los sectores relegados de la población: sobre la pequeña burguesía, los desempleados, los que no consiguen vivienda para su familia. Así también empezó Adolf Hitler en los años veinte de este siglo, y después creció. Pero todavía hay una diferencia entre Schonhuber y Hitler: este último tenía el apoyo de los industriales, de la alta burguesía monárquica y de los militares reaccionarios. Schonhuber es "simplemente" el vocero de los desposeídos de hoy.



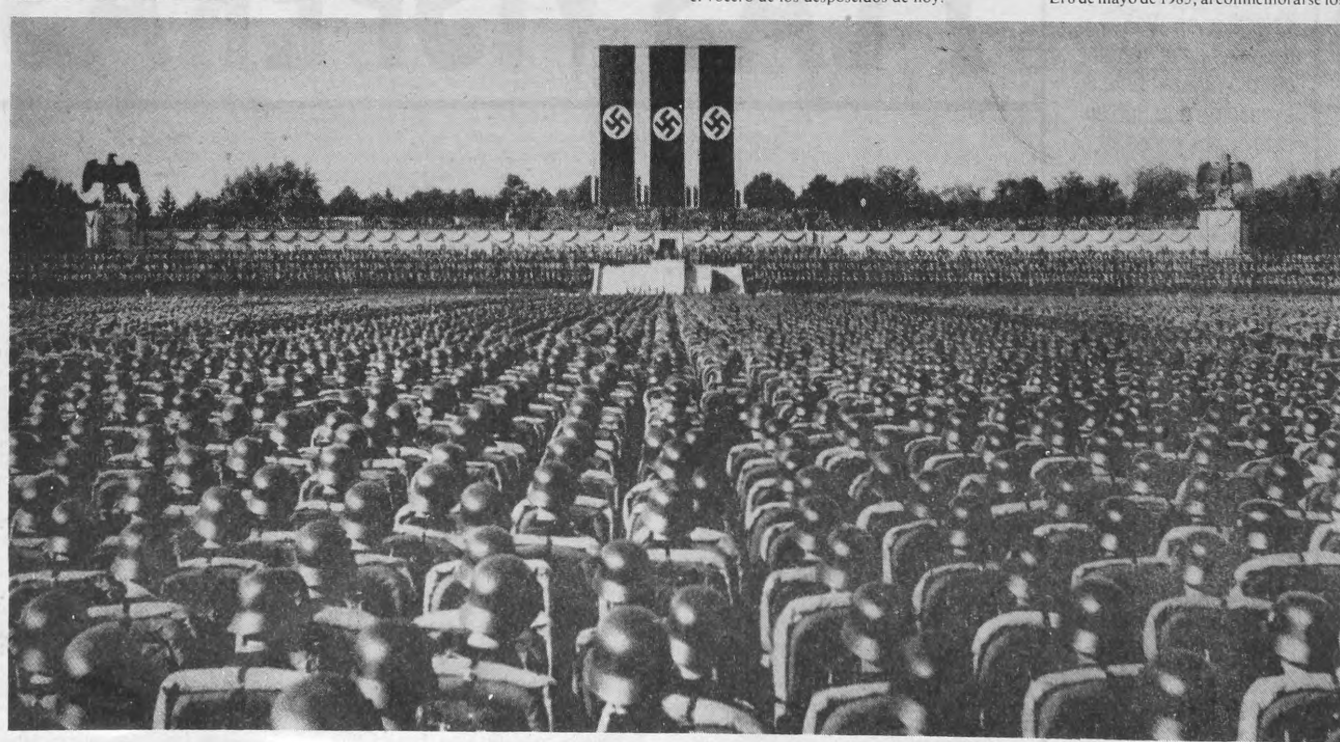
EL SE PRESI

Por A. K, desde Bonn

Al iniciarse la Primera Guerra Mundial en 1914, el barón Karl Hugo von Weizsäcker, primer ministro del reino de Würtember (hoy una provincia de Alemania Federal), exclama: "Esta guerra terminará con una revolución y yo perderé todos mis bienes". Karl Hugo tiene razón: en 1918/19 estalla la revolución, la monarquía es disuelta y se instala en Alemania la república. Esto, sin embargo, no le impedirá seguir fiel a su rey depuesto, hasta la muerte en 1926.

Al ascender Adolf Hitler al poder en 1933, el barón Ernst von Weizsäcker, hijo del anterior y entonces diplomático alemán en Noruega, anota en su diario personal: "No hay que desertar ahora. Este gobierno nazi no sobrevivirá mucho tiempo. Además, como experto, yo no puedo abandonar el puesto a estos ignorantes". Ernst queda en la diplomacia, y cinco años más tarde es viceministro de Relaciones Exteriores de Hitler. "Para preservar la paz en Europa, para evitar peores cosas", como siempre dice Ernst von Weizsäcker; pero termina apoyando los preparativos de guerra, participa directamente en las negociaciones para el pacto entre Hitler y Stalin en agosto de 1939. Peor: en 1942 Ernst "no ve inconvenientes" en que sean deportados miles de judíos franceses al campo de concentración de Auschwitz. Durante el proceso de Nuremberg, en 1949, es condenado a 7 años de prisión por "crímenes contra la humanidad". Pero a los dos años sale en libertad, amnistiado por las autoridades norteamericanas. Hasta su muerte, en 1951, seguirá sosteniendo inflexiblemente su inocencia.

El 8 de mayo de 1985, al conmemorarse los



viene de tapa

sas "más importantes" que hacer: sobrevivir uno mismo, luchar contra el hambre, la falta de vivienda, pasar el duro invierno de 1945 sin calefacción. El rápido surgimiento del enfrentamiento ideológico entre las potencias occidentales y la Unión Soviética ayudó a muchos alemanes a acelerar su olvido. Más de uno, viejo nazi o SS, se puso al servicio de los norteamericanos y británicos, como "experto anticomunista". El caso más célebre: Klaus Barbie, el carnicero de la ciudad francesa de Lyon. Rápidamente detenido o identificado por los norteamericanos, Barbie es requerido por las autoridades francesas. Pero los EE.UU. tienen reparos, lo sueltan a Barbie, lo apresan de nuevo, y finalmente lo toman a sueldo en los servicios de espionaje. Los franceses siguen insistiendo en su extradición, finalmente los norteamericanos lo hacen desaparecer, dirección Bolivia. Allí seguirá trabajando para ellos.

Los procesos de Nuremberg, impuestos por la fuerza a los alemanes, enjuiciaron solamente a algunos pocos responsables principales, pero todos aquellos que continuamente levantaron dócilmente su brazo derecho para exclamar "Heil Hitler", todos ellos quedan impunes. En 1949 se forman los dos nuevos Estados alemanes, y se consolida la fase de "restauración". Ambos gobiernos necesitan funcionarios, desde el cartero hasta el secretario de Estado, para empezar a funcionar, y los eligen entre los "experimentados" funcionarios que ya sirvieron a Adolf Hitler.

En la República Democrática Alemana, donde gobiernan los comunistas, hay intentos para una limpieza del aparato administrativo, intentos que quedan truncos. Alemania occidental, la actual República Federal, ni siquiera se toma la molestia de hacer este trabajo: Konrad Adenauer, políticamente perseguido en la época nazi y primer jefe de gobierno en 1949, propone una amnistía general para todos los nacionalsocialistas. Uno de sus consejeros personales es un tal Globke, alto funcionario del Ministerio de Justicia nazi y comentarista oficial de las "leyes raciales".

En dosis homeopáticas, a paso de tortuga, el pueblo alemán "toma nota" de los crímenes que ha cometido. En los años cincuenta se inician algunos juicios contra ex nazis, pero recién a fines de los años sesenta se registra, con el cambio generacional, una toma de conciencia de los horrores de la propia historia: los hijos adolescentes preguntan a sus padres. "Por qué participaron ustedes en esto, por qué no lo impidieron?" Preguntas millones de veces formuladas, pero que hasta hoy quedan sin respuesta. Hace pocos años aún, un jefe de gobierno provincial, al reprochársele haber —como juez militar— condenado a muerte a un joven soldado de 17 años por deserción, todo esto a poquísimos días de terminar la guerra, dio como sola respuesta: "Lo que entonces era legal, hoy no puede ser ilegal". Una postura legalista muy alemana. Quince mil soldados alemanes fueron condenados a muerte por haber querido desertar, pero ni un solo, ni uno solo de los jueces de la dictadura nazi tuvo que responsabilizarse más tarde por sus actos ante los jueces de la democracia.

Hasta hoy los sectores conservadores en Alemania Federal se amparan en los argumentos legalistas cuando les conviene. Hace poco, el jefe del partido conservador bávaro, Theo Waigel, declaró que Alemania seguirá reclamando "hata la firma de un tratado de paz" los territorios "actualmente bajo administración polaca", Prusia y Silesia. Lo insidioso de estas declaraciones es que, desde un punto de vista estrictamente jurídico, Waigel tiene razón, pero nuevamente niega la situación de hecho que existe en Europa desde hace más de 40 años: una Alemania dividida y un Estado polaco independiente. Pero en el fondo, Waigel quiso acercarse con estas declaraciones a los electores que su partido perdió últimamente a manos de los "republicanos".

El partido republicano, a pesar de su nombre de tendencia extrema derecha, surgió el año pasado en Alemania Federal, y es más que otra cosa el instrumento personal de su jefe, Franz Schonhuber. Sexagenario, este hombre se vanagloria de haber estado en la Waffen-SS. Presenta el falso discurso del hipócrita de siempre: No soy racista, pero... los judíos sufrieron, pero... Refiriéndose a las cuatro potencias de ocupación en Alemania (EE.UU., Gran Bretaña, Francia y Unión Soviética), calificó al Congreso Mundial judío como "quinta fuerza de ocupación". Pero Schonhuber no consiguió un porcentaje de 7,5% en las últimas elecciones solamente con los votos de viejos o nuevos nazis. No, tantos ya no hay. Pero Schonhuber aprovechó propagandísticamente la insatisfacción de los sectores relegados de la población: sobre la pequeña burguesía, los desempleados, los que no consiguen vivienda para su familia. Así también empezó Adolf Hitler en los años veinte de este siglo, y después creció. Pero todavía hay una diferencia entre Schonhuber y Hitler: este último tenía el apoyo de los industriales, de la alta burguesía monárquica y de los militares reaccionarios. Schonhuber es "simplemente" el vocero de los desposeídos de hoy.



LA FAMILIA VON WEIZSACKER

EL SEÑOR PRESIDENTE

Por A. K, desde Bonn

Al iniciarse la Primera Guerra Mundial en 1914, el barón Karl Hugo von Weizsäcker, primer ministro del reino de Würtember (hoy una provincia de Alemania Federal), exclama: "Esta guerra terminará con una revolución y yo perderé todos mis bienes". Karl Hugo tiene razón: en 1918/19 estalla la revolución, la monarquía es disuelta y se instala en Alemania la república. Esto, sin embargo, no le impedirá seguir fiel a su rey depuesto, hasta la muerte en 1926.

Al ascender Adolf Hitler al poder en 1933, el barón Ernst von Weizsäcker, hijo del anterior y entonces diplomático alemán en Noruega, anota en su diario personal: "No hay que desertar ahora. Este gobierno nazi no sobrevivirá mucho tiempo. Además, como experto, yo no puedo abandonar el puesto a estos ignorantes". Ernst queda en la diplomacia, y cinco años más tarde es viceministro de Relaciones Exteriores de Hitler. "Para preservar la paz en Europa, para evitar peores cosas", como siempre dice Ernst von Weizsäcker; pero termina apoyando los preparativos de guerra, participa directamente en las negociaciones para el pacto entre Hitler y Stalin en agosto de 1939. Peor: en 1942 Ernst "no ve inconvenientes" en que sean deportados miles de judíos franceses al campo de concentración de Auschwitz. Durante el proceso de Nuremberg, en 1949, es condenado a 7 años de prisión por "crímenes contra la humanidad". Pero a los dos años sale en libertad, amnistiado por las autoridades norteamericanas. Hasta su muerte, en 1951, seguirá sosteniendo inflexiblemente su inocencia.

El 8 de mayo de 1985, al conmemorarse los 40 años de la capitulación del ejército nazi, el presidente de la República Federal de Alemania, el barón Richard von Weizsäcker (nieto e hijo de los dos primeros), dice en un celebrado discurso: "La ejecución del crimen estaba en manos de pocos, los nazis temían la opinión pública. Pero aquel que abría sus ojos, no podía dejar de ver los trenes de deportación. Pero, quizá, la fantasía de los alemanes entonces no haya alcanzado para evaluar la dimensión del horror." Una frase sibilina, simultáneamente de acusación y de defensa. En 1949, Richard, entonces joven estudiante de Derecho, fue codefensor de su padre Ernst en el proceso de Nuremberg.

"La tragedia de la familia von Weizsäcker está en lo que ellos entienden bajo patriotismo", escribió hace poco el escritor alemán judío Ralph Giordano. En su juventud, los tres estuvieron al servicio de la patria, en las fuerzas armadas, todos por supuesto como oficiales. Karl Hugo en la invasión de Francia en 1870/71, Ernst durante la Primera Guerra Mundial en la marina, y Richard de 1939 a 1945 en el Estado Mayor del ejército. Fiel intérprete del ideario burgués alemán del siglo XIX, Karl Hugo sigue al servicio del imperio alemán, recién creado después de la victoria sobre Francia, esta vez como funcionario, y será corredactor del Código Civil alemán aún vigente. Por los excelentes servicios prestados al rey de Württemberg, éste conferirá a Karl Hugo el título nobiliario de barón. Ernst, por su lado, servirá 18 años a la Marina Imperial alemana, integrándose en 1920 a la diplomacia de la naciente República de Weimar. Pero, según Ralph Giordano, "Ernst von Weizsäcker permanece fiel a la tradición familiar, rechazando la democracia republicana y encerrándose en la incondicional obediencia hacia un Estado autoritario de estilo monárquico".

El desprecio de Ernst por Adolf Hitler, hijo natural y que —peor aun— no ascendió del grado de cabo durante la guerra 1914/18, es expresión sincera de la soberbia aristócrata. En 1936, ya director político del Ministerio de Relaciones Exteriores, Ernst califica a Hitler, en la intimidad familiar de una conversación con su hijo, como "idiota y criminal". Pero entonces, ¿por qué le sigue sirviendo como fiel funcionario, hasta consintiendo la deportación de los judíos? Por subordinación a la patria, como lo llama él.

Tarde, muy tarde, en 1943, Ernst von Weizsäcker pide que se lo traslade como embajador al Vaticano, porque no se quiere "comprometer más aún con la política hitleriana". Pero cuando en junio de 1944 las tropas aliadas liberan a Roma, Ernst no aprovecha la oportunidad para rendirse a las tropas norteamericanas, liberándose así del yugo hitleriano. Todo lo contrario: pide asilo político en el Vaticano, el que le es concedido. En 1945, a pocas semanas de terminar la guerra, aún le recomienda a su ministro en Berlín seguir luchando "con todas las fuerzas contra los comunistas soviéticos", pero entrando al mismo tiempo en negociaciones de paz con las potencias occidentales, "para salvar la patria alemana".

Richard von Weizsäcker, el actual presidente de Alemania Federal, se dedica a terminar sus estudios, después de defender a su padre en el proceso de Nuremberg. En 1950, no existiendo aún en realidad un Estado alemán de pleno derecho al que le hubiese podido servir, Richard empieza una exitosa carrera profesional en la industria. Recién 16 años más tarde, y por especial recomendación del actual jefe de gobierno Helmut Kohl, Richard hace su entrada en la arena política. Empieza a perfilarse como una figura liberal dentro del Partido Demócrata Cristiano (conservador), al apoyar en los años sesenta la "Ostpolitik", la política de apertura a los países de Europa Oriental del social-demócrata Willy Brandt. Una postura que le costó algunas amistades dentro de su partido.

Pero su carrera política sigue en ascenso. Fiel a su mentor político Helmut Kohl, Richard acepta primero el puesto de alcalde de Berlín, y pocos años después, en 1984, aquel de presidente de la república. No faltan quienes le atestiguan una buena cuota de oportunismo. Así pues, ya presidente de la república, Richard von Weizsäcker empieza a "independizarse" de Helmut Kohl, calificándolo hoy, en conversaciones privadas, como "un político de pocas luces".

Reaparece la soberbia aristócrata del padre y del abuelo. Una soberbia que también tuvo otro presidente alemán aristócrata: el altamente decorado mariscal Paul von Hindenburg. Por más que desprecie profundamente a Adolf Hitler, "ese cabito de morondanga", el 30 de enero de 1933 von Hindenburg lo nombra como nuevo jefe de gobierno. Por deber a la patria. Richard von Weizsäcker, ante una situación similar, haría hoy lo mismo. Por deber a la patria.





EL IMPERIO MILENARIO Y SUS VASALLOS ARGENTINOS

Josef Mengele, "médico" en el campo de concentración de Auschwitz; Adolf Eichmann; responsable burocrático de la exterminación de los judíos; Wilfried von Oven, jefe de prensa de Josef Goebbels, el propagandista de Hitler; Hans-Ulrich Rudel, "héroe" de la aviación nazi, y después Theib, y Kutschmann, y Schwammberger... la lista sería interminable. Todos estos nazis encontraron refugio en la Argentina, al derrumbarse el "Imperio Milenario" de Adolf Hitler en 1945.

Pero en la colonia alemana residente en la Argentina, la historia del nacional-socialismo empieza mucho antes, precisamente el 25 de mayo de 1931 (faltan aún 21 meses para que Hitler tome el poder en Alemania), cuando la "Asociación Nacional-Socialista Argentina" hace su primera aparición en público. En enero de 1932 (aún le faltan 12 meses a Hitler), 5000 nazis desfilan, con uniformes pardos y con las banderas con cruz gamada, por las calles de Buenos Aires. Sin ser molestados por la policía. A un año de conformarse, la asociación nazi ya cuenta con 280 miembros y en sus mejores épocas tendrá 1500 fieles servidores del Führer. Estos serán nada más que los cuadros, el movimiento nazi agrupará en la Argentina unas 60.000 personas, con lo que será la agrupación nazi más grande fuera de los límites del Tercer Reich.

En enero de 1933 (Hitler asume el poder) existen en Buenos Aires, hace ya bastante tiempo, dos diarios de habla alemana. El primero es el *Argentinisches Tageblatt* de Ernesto Alemann (padre de los hermanos Alemann), quien con espíritu republicano se enfrenta a la ideología nazi: el 23 de abril de 1933, los nazis prohíben la venta del *Tageblatt* en Alemania. De allí en más, Alemann abrirá las páginas de su diario para los escritores alemanes exiliados, entre ellos Thomas Mann, Bertolt Brecht y otros. El otro diario alemán es el *Deutsche La Plata-Zeitung*, antiguo vocero de los monárquicos, y que con el surgimiento del nazismo se pone fervorosamente al servicio de esta ideología.

Entonces, el nacional-socialismo argentino, dirigido desde la embajada alemana en Buenos Aires, en pocos meses pone bajo su control a todas las escuelas, asociaciones deportivas y clubes alemanes. A partir de allí en el Colegio Goethe, o en otro, no podía trabajar ningún maestro que no fuera nazi. Los gobiernos argentinos, militares o civiles, no impiden en lo más mínimo las actividades nazis, pero sí ordenan varias veces el cierre temporal del *Tageblatt*, y decretan la prohibición definitiva de dos periódicos editados por los exiliados alemanes, por ser de izquierda. Recién en 1944, cediendo a la presión de los Estados Unidos, el gobierno argentino prohíbe el diario nazi *Deutsche La Plata-Zeitung*: al otro día reaparecerá bajo el nuevo nombre de *Freie Presse* (Prensa Libre). El 27 de marzo de 1945, faltan 42 días para que termine la guerra, la Argentina, como último país en el mundo, "le declara la guerra" a Alemania, porque EE.UU. amenazaba con duras represalias económicas.

Terminada la guerra, la Argentina, en especial la colectividad alemana, abre sus puertas y recibe con brazos abiertos a aquellos alemanes: Mengele ejercerá tranquilamente su "profesión de médico" en Buenos Aires hasta 1959; Eichmann trabajará, hasta 1960, en la planta fabril de Mercedes Benz Argentina; Von Oven será director del *Freie Presse*; Rudel será representante de Siemens y ayudará activamente en la organización de la Fuerza Aérea Argentina; el doctor Theiss, antiguo colaborador de la Gestapo, se integrará a la Policía Federal Argentina como consejero técnico.

N WEIZSACKER

ÑOR
DENTE



40 años de la capitulación del ejército nazi, el presidente de la República Federal de Alemania, el barón Richard von Weizsäcker (nieto e hijo de los dos primeros), dice en un celebrado discurso: "La ejecución del crimen estaba en manos de pocos, los nazis temían la opinión pública. Pero aquel que abría sus ojos, no podía dejar de ver los trenes de deportación. Pero, quizá, la fantasía de los alemanes entonces no haya alcanzado para evaluar la dimensión del horror." Una frase sibilina, simultáneamente de acusación y de defensa. En 1949, Richard, entonces joven estudiante de Derecho, fue codefensor de su padre Ernst en el proceso de Nuremberg.

"La tragedia de la familia von Weizsäcker está en lo que ellos entienden bajo patriotismo", escribió hace poco el escritor alemán judío Ralph Giordano. En su juventud, los tres estuvieron al servicio de la patria, en las fuerzas armadas, todos por supuesto como oficiales. Karl Hugo en la invasión de Francia en 1870/71, Ernst durante la Primera Guerra Mundial en la marina, y Richard de 1939 a 1945 en el Estado Mayor del ejército. Fiel intérprete del ideario burgués alemán del siglo XIX, Karl Hugo sigue al servicio del imperio alemán, recién creado después de la victoria sobre Francia, esta vez como funcionario, y será corredactor del Código Civil alemán aún vigente. Por los excelentes servicios prestados al rey de Württemberg, éste conferirá a Karl Hugo el título nobiliario de barón. Ernst, por su lado, servirá 18 años a la Marina Imperial alemana, integrándose en 1920 a la diplomacia de la naciente República de Weimar. Pero, según Ralph Giordano, "Ernst von Weizsäcker permanece fiel a la tradición familiar, rechazando la democracia republicana y encerrándose en la incondicional obediencia hacia un Estado autoritario de estilo monárquico".

El desprecio de Ernst por Adolf Hitler, hijo natural y que —peor aun— no ascendió del grado de cabo durante la guerra 1914/18, es expresión sincera de la soberbia aristócrata. En 1936, ya director político del Ministerio de Relaciones Exteriores, Ernst califica a Hitler, en la intimidad familiar de una conversación con su hijo, como "idiota y criminal". Pero entonces, ¿por qué le sigue sirviendo como fiel funcionario, hasta consintiendo la deportación de los judíos? Por subordinación a la patria, como lo llama él.

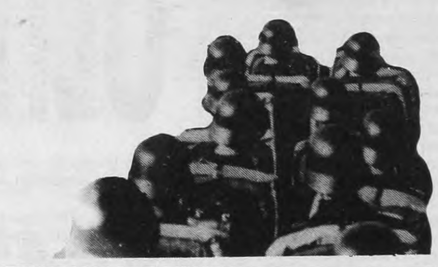
Tarde, muy tarde, en 1943, Ernst von Weizsäcker pide que se lo traslade como embajador al Vaticano, porque no se quiere "comprometer más aún con la política hitleriana". Pero cuando en junio de 1944 las tropas aliadas liberan a Roma, Ernst no aprovecha la oportunidad para rendirse a las tropas norteamericanas, liberándose así del yugo hitleriano. Todo lo contrario: pide asilo político en el Vaticano, el que le es concedido. En 1945, a pocas semanas de terminar la guerra, aún le recomienda a su ministro en Berlín seguir luchando "con todas las fuerzas contra los comunistas soviéticos", pero entrando al mismo tiempo en negociaciones de paz con las potencias occidentales, "para salvar la patria alemana".

Richard von Weizsäcker, el actual presidente de Alemania Federal, se dedica a terminar sus estudios, después de defender a su padre en el proceso de Nuremberg. En 1950, no existiendo aún en realidad un Estado alemán de pleno derecho al que le hubiese podido servir, Richard empieza una exitosa carrera profesional en la industria. Recién 16 años más tarde, y por especial recomendación del actual jefe de gobierno Helmut Kohl, Richard hace su entrada en la arena política. Empieza a perfilarse como una figura liberal dentro del Partido Demócrata Cristiano (conservador), al apoyar en los años sesenta la "Ostpolitik", la política de apertura a los países de Europa Oriental del social-demócrata Willy Brandt. Una postura que le costó algunas amistades dentro de su partido.

Pero su carrera política sigue en ascenso. Fiel a su mentor político Helmut Kohl, Richard acepta primero el puesto de alcalde de Berlín, y pocos años después, en 1984, aquel de presidente de la república. No faltan quienes le atestiguan una buena cuota de oportunismo. Así pues, ya presidente de la república, Richard von Weizsäcker empieza a "independizarse" de Helmut Kohl, calificándolo hoy, en conversaciones privadas, como "un político de pocas luces".

Reaparece la soberbia aristócrata del padre y del abuelo. Una soberbia que también tuvo otro presidente alemán aristócrata: el altamente decorado mariscal Paul von Hindenburg. Por más que desprecie profundamente a Adolf Hitler, "ese cabito de morondanga", el 30 de enero de 1933 von Hindenburg lo nombra como nuevo jefe de gobierno. Por deber a la patria. Richard von Weizsäcker, ante una situación similar, haría hoy lo mismo. Por deber a la patria.





EL IMPERIO MILENARIO Y SUS VASALLOS ARGENTINOS

Josef Mengele, "médico" en el campo de concentración de Auschwitz; Adolf Eichmann; responsable burocrático de la exterminación de los judíos; Wilfried von Oven, jefe de prensa de Josef Goebbels, el propagandista de Hitler; Hans-Ulrich Rudel, "héroe" de la aviación nazi, y después Theib, y Kutschmann, y Schwammberger... la lista sería interminable. Todos estos nazis encontraron refugio en la Argentina, al derrumbarse el "Imperio Milenario" de Adolf Hitler en 1945.

Pero en la colonia alemana residente en la Argentina, la historia del nacional-socialismo empieza mucho antes, precisamente el 25 de mayo de 1931 (faltan aún 21 meses para que Hitler tome el poder en Alemania), cuando la "Asociación Nacional-Socialista Argentina" hace su primera aparición en público. En enero de 1932 (aún le faltan 12 meses a Hitler), 5000 nazis desfilan, con uniformes pardos y con las banderas con cruz gamada, por las calles de Buenos Aires. Sin ser molestados por la policía. A un año de conformarse, la asociación nazi ya cuenta con 280 miembros y en sus mejores épocas tendrá 1500 fieles servidores del Führer. Estos serán nada más que los cuadros, el movimiento nazi agrupará en la Argentina unas 60.000 personas, con lo que será la agrupación nazi más grande fuera de los límites del Tercer Reich.

En enero de 1933 (Hitler asume el poder) existen en Buenos Aires, hace ya bastante tiempo, dos diarios de habla alemana. El primero es el *Argentinisches Tageblatt* de Ernesto Alemann (padre de los hermanos Alemann), quien con espíritu republicano se enfrenta a la ideología nazi: el 23 de abril de 1933, los nazis prohíben la venta del *Tageblatt* en Alemania. De allí en más, Alemann abrirá las páginas de su diario para los escritores alemanes exiliados, entre ellos Thomas Mann, Bertolt Brecht y otros. El otro diario alemán es el *Deutsche La Plata-Zeitung*, antiguo vocero de los monárquicos, y que con el surgimiento del nazismo se pone fervorosamente al servicio de esta ideología.

Entonces, el nacional-socialismo argentino, dirigido desde la embajada alemana en Buenos Aires, en pocos meses pone bajo su control a todas las escuelas, asociaciones deportivas y clubes alemanes. A partir de allí en el Colegio Goethe, o en otro, no podía trabajar ningún maestro que no fuera nazi. Los gobiernos argentinos, militares o civiles, no impiden en lo más mínimo las actividades nazis, pero sí ordenan varias veces el cierre temporal del *Tageblatt*, y decretan la prohibición definitiva de dos periódicos editados por los exiliados alemanes, por ser de izquierda. Recién en 1944, cediendo a la presión de los Estados Unidos, el gobierno argentino prohíbe el diario nazi *Deutsche La Plata-Zeitung*: al otro día reaparecerá bajo el nuevo nombre de *Freie Presse* (Prensa Libre). El 27 de marzo de 1945, faltan 42 días para que termine la guerra, la Argentina, como último país en el mundo, "le declara la guerra" a Alemania, porque EE.UU. amenazaba con duras represalias económicas.

Terminada la guerra, la Argentina, en especial la colectividad alemana, abre sus puertas y recibe con brazos abiertos a aquellos alemanes: Mengele ejercerá tranquilamente su "profesión de médico" en Buenos Aires hasta 1959; Eichmann trabajará, hasta 1960, en la planta fabril de Mercedes Benz Argentina; Von Oven será director del *Freie Presse;* Rudel será representante de Siemens y ayudará activamente en la organización de la Fuerza Aérea Argentina; el doctor Theiss, antiguo colaborador de la Gestapo, se integrará a la Policía Federal Argentina como consejero técnico.

ULTIMO CUMPLEAÑOS

Por Willy Brandt

Quiso la casualidad que en abril de 1943 un modesto *party* de amigos noruegos en Estocolmo se celebrara el día del cumpleaños de A. H. (Adolf Hitler). Cuando uno de ellos lo destacó se armó un gran jolgorio: ¿tras El Alamein y Stalingrado, sería éste el último cumpleaños de *Gröfaz* (el caudillo más grande de todos los tiempos)?

Uno de ellos, que procedía de la vieja monarquía del Danubio, bromeaba sobre el lugar que se le concedería en el Espasa yugoslavo: "Jefe de una banda alemana en tiempos de Tito". Quizá presentíamos ya que uno del grupo llegaría casi a conseguir transmitirle al mundo la impresión de que A. H. había sido alemán (y Beethoven, austriaco). En todo caso, puedo poner la mano en el fuego de que hubo carcajadas cuando vimos en el cine a Charlie Chaplin de dictador que muerde la alfombra.

¿Por qué se me ocurren de inmediato, respecto de A.H., tales burlas? Eso tiene que estar relacionado con que la persona no me interesó nunca y, desde luego, nunca se me ocurrió ocuparme seriamente de ella. Siempre me he sentido —cosa que para mi forma parte de cualquier visión aceptable de Alemania— ofendido por él.

Lo mismo que por aquellos que se dejaron engañar por él, a pesar de disponer de todo lo necesario para que tal cosa no se diera. Y por aquellos que posteriormente lo seguían protegiendo todavía, bajo cuerda, porque no querían admitir el gran fracaso de su vida.

Para mí se repetía lejos de las fronteras alemanas lo que ya había conocido en casa y seguiría oyendo permanentemente de ella. El ciudadano medio alemán oprimía todo lo que llegaba a sus oídos, y a veces también a su vista, sobre el terror nazi. Si uno pasa el cepillo, saltan virutas. ¡Cualquiera sabe lo que habría ocurrido si los nazis no hubieran impuesto el orden! Y además, al final tampoco va a ser para tanto, ni va a ser tan grave como parece...

De lo contrario, ¿habrían votado favorablemente los partidos burgueses la ley de poderes excepcionales? ¿Y habrían entrado los ultraconservadores en el gobierno, y estarían Hindenburg y el Reichswehr con H. en Potsdam? ¿Y los funcionarios superiores, jueces y catedráticos, y la cúspide de la economía? Todos ellos aprendieron rápidamente a desfilar en *filas bien cerradas,* en todo caso a cerrar la boca y a poner la vista en el provecho propio en cada ocasión.

Cuando las cosas se pasaban de castaño oscuro, siempre era posible buscar una salida diciendo aquello tan absolutamente imbécil: "Si el führer lo supiera...". ¿A quién le habría gustado admitir, e incluso señalizar *al extranjero,* que no sólo la izquierda, sino sobre todo la Alemania decente había caído en la tentación demoníaca? Eso habría podido llevar incluso a la conclusión, altamente traidora frente a la propia nación, de alentar a Europa a protegernos del nazismo sediento de sangre.

Se podrían llenar páginas y páginas elogiando la amabilidad de los vecinos noruegos, evocando la ayuda de obreros sencillos y de académicos de renombre, destacando honoríficamente la integridad de la mayor parte de los periodistas. Pero existían también, ya en 1933, aquellas otras reacciones burguesas que se asemejaban a las que podían verse en Alemania.

Existía en Oslo un periódico llamado *Signos de la Epoca,* del que se daban en otros países escandinavos copias similares. El periódico estaba cautivado por Benito Mussolini. ¿No había demostrado éste que incluso en Italia era posible imponer cierto orden? Los trenes salían puntualmente, y los mendigos habían desaparecido de las calles. Consecuentemente, ¡mucho más podría conseguirse en Alemania imponiendo la disciplina nacional!

A. H. había prometido superar el desempleo. ¿No había empezado ya a resolverlo, y era realmente una cosa tan importante el que se hubieran suprimido momentáneamente los derechos sindicales? La unificación de periódicos, sociedades, actividades culturales, posiblemente había sido exagerada, y no especialmente simpática, ¿pero no había que tener comprensión con los dolores de crecimiento de un pueblo tan grande como el alemán? ¿Y con los sentimientos amargos desencadenados por Versalles y por los pagos por los daños de guerra? Y, agrádele a uno o no, el hombre del pequeño bigotito, a los alemanes, sabe cómo hablarles, y a ellos les parece totalmente adecuado y un abogado persuasivo, aunque bastante vociferante.

Es más, si los judíos no querían ser alemanes, lo que debían hacer era exiliarse, o bien quedarse en el país como una minoría con derechos restringidos. ¿El que A. H. quisiera asesinarlos se lo creerán siquiera los que esparcen tales cuentos de horror? Probablemente socialdemócratas y liberales fueron manejados con cierta dureza, pero deberían haber estado atentos a que se les pudiera distinguir claramente de los comunistas. Pues una cosa estaba, por supuesto, clara: H. iba a acabar en su país con los comunistas.

Ninguna de estas líneas es inventada; todo eso lo oí así, algunas cosas quizá algo más suavizadas; otras, por el contrario, dichas de forma todavía algo más imbécil y brutal. ¿Y qué podía oponer yo a todo eso? Sobre todo, teniendo en cuenta que mis interlocutores estaban, como es natural, situados menos en la zona cercana a *Signos de la Epoca,* o menos precargados por lo propietario-burgués, y eran en su mayoría gentes procedentes del movimiento juvenil, de los sindicatos, de los círculos de la izquierda intelectual. Su actitud política era absolutamente correcta; su confusión, igualmente enorme.

También entre ellos se planteaba la pregunta de si las informaciones sobre las persecuciones no serían exageradas. Si, a pesar de todo, la economía, al menos, no iba adelante. Pero, sobre todo, ¿cómo quería hacerles creer que un chillón histérico, que en su juventud había fracasado en todo y al que ellos percibían como A. H. —¡todavía antes de la era de la televisión!—, había podido movilizar y organizar a tantos seguidores y tales masas de partidarios?

No pude responder suficientemente bien. Una causa ya la he citado, otra se seguía de mi especial procedencia. H. no había llegado nunca, en su expansión hacia el Norte, hasta mi ciudad. Yo tampoco habría asistido.

En el ambiente del que yo procedía, a los nazis no se les tomaba en serio; ya se expulsaría del cuerpo ese fenómeno —lo mismo que se echó a los antisemitas en el Reich y a los populistas al comienzo de la República de Weimar. Naturalmente, nosotros no leíamos lo que A. H. y sus gentes habían escrito o habían encargado escribir. Por primera vez, en el otoño de 1936, cuando viví camuflado en Berlín, me obligué a recorrer en la biblioteca de la ciudad las páginas de *Mein Kampf* —también las de Rosenberg, Darré, etcétera—, y descubrí que no me había perdido nada importante. No, a mis interlocutores escandinavos tampoco después de eso podía proporcionarles nada que hubiera podido explicar el fenómeno de A.H. y su terroríficamente simple asalto al poder.

No basta con denunciar una y otra vez las debilidades de la democracia en general, de la división del movimiento sindical, o la falta de una política constructiva de crisis. Presentí entonces por primera vez lo que puede provocar un extraordinario hipnotizador de masas si, trabajando de forma totalmente organizada la opinión pública, se propone arrastrar a su campo a las masas de un pueblo que ha perdido su equilibrio.

¿Quién había podido o quién había querido reconocer lo que podría hacer un enfermo mental muy dotado con la deformación social y espiritual de un pueblo demasiado dividido? El tipo debería haber sido metido en un sanatorio, y no en las listas de nacionalización.

No fue sólo, ciertamente, la gente menuda, en el sentido amplio de la palabra —campesinos con su existencia amenazada, soldados humillados—, la que fortaleció el movimiento de H. Fueron también los obreros sin tradición, sobre todo los parados. Por el lado contrario, fueron ricos que creyeron haber encontrado a alguien que les hiciera la limpieza y que se vieron sorprendidos cuando a ellos mismos se les trató sin miramientos. A. H. se asombró de que no se le opusiera mayor resistencia. Tan pronto como lo notó, aprovechó el vacío. También frente al exterior.

Pero, sobre todo, sus oponentes alemanes no comprendieron de qué terrible y desvergonzada manera podían pervertirse los sentimientos nacionales. Los que trataron de parar con el arma del esclarecimiento el levantamiento de las emociones estaban condenados a ser, y no sólo a parecerlo, totalmente inermes. ¿Pero cómo se habría debido hacer comprensible eso, que ni siquiera fue visto suficientemente por los mismos opositores alemanes al nazismo, a los interesados y ansiosos interlocutores de fuera de nuestras fronteras? El desastre se puso en marcha. Algunos, que habían sentido cierta simpatía por H., se volvieron valerosos miembros de la resistencia. Y algunos otros, que habían destacado por sus sinsentidos tomados como pacifismo, se volcaron en condenas al pueblo alemán, en el que no querían ver más que pequeños H.

A los alemanes no nos quita nadie la responsabilidad de haber infravalorado al demonio y de no haberlo expulsado. Pero al mundo que nos rodea no puede liberarlo nadie del reproche de haber repetido múltiples veces el fallo de infravalorar el grave peligro. Sigue siendo cierto que se le dio a H. lo que se le negó a Weimar (e incluso a Bruning), que se practicó la calma donde sólo habría podido ayudar el puño blindado a la boca. Habría podido evitarse la endemoniada caída en la Gran Guerra, el Holocausto, el arrasamiento de media Europa. Pero sólo si los responsables no hubieran temido los importantes riesgos y se hubieran dado cuenta de que los peligros extraordinarios requieren una defensa común decidida.

El tipo no era insignificante. Speer dijo en su momento algunas cosas acerca de eso en el proceso de Nüremberg. H. entendía un poco de muchas cosas, pero especialmente de cómo inocular a las masas una conciencia falsa, pensada para la destrucción. Y de cómo engañar a medio mundo y jugar con los egoísmos ajenos, haciéndolos chocar entre sí. También, naturalmente, de cómo monopolizar el poder, y (esto también se puede decir de Stalin) de cómo aplicarlo no sólo sin escrúpulos, sino extrayendo además gusto de ello. Lo que subsiste no es un pedazo de historia alemana, sino una lección atemorizadora —esperemos que larga— sobre cómo el infravalorar al mal extremo puede llevar a un pueblo al descarrío, y a la humanidad, al abismo.